



ECOS DE LA PALABRA Por Javier Castillo, sj

Es el tiempo de escuchar a Dios

Reflexiones sobre el Evangelio de Marcos 9, 2-10 (2º Domingo de Cuaresma - Ciclo B – 25 de febrero de 2018)



Hace algunos años, cuando estaba destinado a las obras del sector social de la Compañía de Jesús, una de las tareas más complejas que teníamos en los equipos de trabajo era la planificación estratégica pues, de su buen planteamiento, dependía el impacto que buscábamos en favor de los últimos y, desafortunadamente hay que decirlo, la financiación por parte de los organismos de cooperación internacional.

En uno de los métodos empleados, el prospectivo, el primer paso consistía en plantear la situación final a la que queríamos llegar con la ejecución del plan. Para dar este paso era importante dejar volar la imaginación y atreverse a soñar.

El pasaje de la transfiguración nos plantea una situación final, un sueño que Dios nos invita a ir haciendo realidad a partir del seguimiento y la identificación con el programa de Jesús. Siguiendo el texto bíblico, la situación final no es otra que la participación de la plenitud de la vida que Jesús, el vencedor de la muerte, nos comunica. Los discípulos, como es de suponer, suben al monte llenos de expectación pues abajo, en los pueblos y ciudades, la maquinación de los líderes religiosos y políticos contra Jesús cada vez toma más fuerza. Sin embargo, a pesar del ambiente enrarecido por la hostilidad contra Jesús, los discípulos van a ser testigos de una manifestación de Dios que reactivará su esperanza: ven el triunfo de la vida en la gloria de Jesús resucitado. Los signos que acompañan la manifestación -la vestidura blanca, la presencia de Moisés y de Elías y la voz del Padre- son tan extraordinarios que, a pesar de la confusión que les genera la escena, se atreven a pedir que ésta sea su situación existencial: “Maestro, qué bien se está aquí...”

El destino de Jesús es el que el Padre quiere para nosotros: que vivamos en plenitud. Al ponernos en camino hacia esa situación final conviene trabajar, de manera especial en esta Cuaresma, la actitud que nos propone la voz del Padre: **Escuchar al Hijo**. Hacer una pausa en medio de la agitación de nuestro tiempo y sentarnos a sus pies para escuchar con atención su mensaje.

En nuestra situación existencial. Cuando reconocemos los aciertos y la vida nos sonrío, escuchar la Palabra que nos llama a la humildad y a guardar en nuestra memoria los momentos de consolación para sacar fuerza de éstos cuando los vientos se hagan

contrarios. Cuando, en sentido opuesto, estemos pasando la noche oscura de nuestra vida, sentarnos a los pies del Maestro para escuchar la palabra que conforta, que alienta y que soporta.

Escuchar el sentido de la nueva ley. La vieja normativa, personificada en Moisés, ha sido superada por el Espíritu de Jesús. Hoy, para nosotros, ha de ser importante abrir el oído para entender que la nueva ley no está grabada en frías piedras sino en el corazón humano y que su pretensión no es el simple cumplimiento de unos preceptos sino garantizar y crear un clima propicio para que el amor sea el principio y el fundamento de la vida y el árbitro de las relaciones entre las personas y las comunidades. Para vivir según esta nueva ley no es suficiente aceptarla, es importante traducirla en acciones concretas como la gratuidad en medio de un mundo en el que el interés propio se ha puesto por encima del bien común. Otra concreción está en la solidaridad en medio de un mundo que parece haber canonizado la expresión “sálvese quien pueda” haciendo que pasemos de largo ante los hermanos que sufren. El perdón en un mundo que le da volumen a las muestras de odio, de rencor y de venganza. Estoy seguro que cada uno de nosotros, de acuerdo con su momento vital, encontrará otras concreciones que hagan visible el amor que Dios ha grabado en nuestros corazones.

Escuchar la voz del profeta. La presencia de Elías en la transfiguración pone de manifiesto que Jesús, el revelador del Padre, es la plenitud de la profecía. ¿Cómo ejerce Jesús el servicio profético? Primero, anuncia sin descanso la Buena Noticia del Reino. Su mensaje es, ante todo, para abrir horizontes y mostrar los caminos que conducen a la humanidad a una vida plena para todos. Segundo, denuncia con valor todo aquello que ensombrece e imposibilita la vida con dignidad. Es un profeta que levanta su voz en favor de los que son silenciados por los poderosos; de los que son invisibilizados por los militantes de la globalización de la indiferencia; de los que son maltratados por los que se sienten los dueños del mundo; de los excluidos de un sistema que cada vez favorece solo a unos pocos.

Escuchar para volver a bajar a la comunidad. La escucha atenta de la voz de Dios, lejos de anestesiarnos frente a los avatares de la historia, nos implica en su transformación. La tentación de quedarnos en la zona de confort: “qué bien se está aquí...” se ve superada por el volver a bajar al pueblo para allí, en medio de la vida, aportar en la construcción de la Vida.